

NEW LEFT REVIEW 136

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2022

ARTÍCULOS

PRANAB BARDHAN	La «nueva» India	7
CÉDRIC DURAND	Explorando las fronteras del capital	35
MARIO SERGIO CONTI	Tragicomedia brasileña	49
R. TAGGART MURPHY	Los legados de Shinzo Abe	61
PETER WOLLEN	Brecht en Los Ángeles	81
BENJAMIN KUNKEL	Estrategias de la crítica	93
EMILIE BICKERTON	El cine polifónico de Cantet	111

ENTREVISTA

PIERRE VILAR	La historia en construcción	131
--------------	-----------------------------	-----

CRÍTICA

JOHN-BAPTISTE ODUOR	Consecuencias de la segregación	147
PATRICIA McMANUS	Travesías atlánticas	161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Adolph Reed, Jnr, *The South: Jim Crow and Its Afterlives*, Londres y Nueva York, Verso, 2022, 176 pp.

JOHN-BAPTISTE ODUOR

LAS CONSECUENCIAS DE LA SEGREGACIÓN

Adolph Reed, hoy una figura que se asimilaría a la de un viejo estadista de la intelectualidad de izquierda estadounidense, lleva mucho tiempo defendiendo que la raza se entienda como un fenómeno moderno, refutando así las nociones esencialistas. Cuando rechaza la idea de que la población negra, dentro o fuera de los Estados Unidos, forme una única clase unificada, ligada por las ideas comunitarias de una cultura compartida, defiende de manera coherente que la política negra no puede entenderse de manera aislada de las grandes corrientes de la sociedad estadounidense. En dos libros esenciales, *The Jesse Jackson Phenomenon* (1986) y *W. E. B. Du Bois and American Political Thought* (1997) Reed abordó dos iconos, políticos e intelectuales, del movimiento. En 1999, publicó *Stirrings in the Jug*, un incisivo análisis del auge de una nueva clase de funcionarios electos negros después de la era de los derechos civiles. En 2010 coeditó *Renewing Black Intellectual History*, junto al experto en literatura de Chicago Kenneth Warren. De manera conspicua, los escritos de Reed han operado en dos registros que a menudo se solapan. El primero es el del mesurado estudio académico; el segundo la polémica popular, para la que Reed, un brillante estilista, es capaz de componer frases que combinan en igual medida el desprecio por las vacas sagradas del liberalismo y la broma salvaje. (Sobre la época posterior a la década de 1960: «Martin Luther King se convirtió en una fiesta nacional y en un sello de Correos, en un ticket restaurante para su viuda y en un pasatiempo para Stevie Wonder»). En ambos registros, Reed se ha opuesto a la creciente ola

de liberalismo, cuyas premisas ideológicas sobre la raza han sido en buena parte aceptadas implícitamente por la izquierda estadounidense.

Su último libro, *The South: Jim Crow and Its Afterlives*, discrepa de la tendencia a deshistorizar la experiencia de la región, considerándola únicamente como «un arco intacto de subordinación racial» desde la era de la esclavitud hasta el presente. Las alegorías de un nuevo Jim Crow no son únicamente inadecuadas como análisis o como explicación, defiende Reed, sino que ensombrecen los mecanismos que reproducen las desigualdades en el presente. Con un tono mucho más personal que cualquiera de sus obras anteriores, *The South: Jim Crow and Its Afterlives* combina la historia social y los recuerdos personales con la intención de describir las realidades cotidianas de la era de Jim Crow y sus consecuencias posteriores. Como él mismo reflexiona, su cohorte de edad es la última que tendrá un recuerdo vital de lo que suponía la segregación en la vida cotidiana. Desde este punto de vista privilegiado, interroga la «sensación inquietante» con la que se confronta a menudo cuando visita el nuevo Sur. Esta sensación la provoca la desazonadora compatibilidad, así como su propia oscilación, entre dos posturas teóricamente opuestas: una que insiste en la continuidad entre el pasado y el presente y otra que la niega:

Constantemente me sorprendía lo mucho que la forma en la que las cosas habían cambiado en la región parecía subrayar las formas en las que no habían cambiado; y, viceversa, cómo la forma en la que las cosas no habían cambiado subrayaba las maneras en las que sí habían cambiado. Llegar allí era como viajar atrás en el tiempo y, al mismo tiempo, como no hacerlo.

Reed nació en la ciudad de Nueva York en 1947, por lo que en principio era un sureño a medias, que visitaba cada verano a sus parientes en Luisiana cuando era pequeño, antes de mudarse a Arkansas con su familia a los nueve años, y después instalarse en Nueva Orleans, la ciudad natal de su madre, en sus años de adolescencia. Su madre, Clarita MacDonald, procedía por su lado materno de la clase media profesional negra católica; su padre era cubano, procedente del Oriente de la isla. El padre de Reed, Reed Sr., era un intelectual del Frente Popular, amigo del líder del Communist Party of the United States of America (CPUSA), Ishmael Flory. Nació en el delta de Arkansas y se mudó a Chicago y después a Nueva York trabajando para el American Labor Party, sobre el que escribió su tesis doctoral en la Universidad de Nueva York. (Cuando es preguntado sobre qué le condujo al marxismo, Reed Jr. suele replicar: «Heredé el negocio familiar»). Después de unos años en Washington DC, Reed Sr. obtuvo una cátedra en la universidad estatal negra de Pine Bluff, Arkansas. Su hijo pasaría buena parte del siguiente cuarto de siglo en ciudades del Sur: tras estudiar la secundaria en Nueva Orleans, Reed Jr. cursó la licenciatura en la Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill, donde se implicó en la política del Black Power pero,

como contaba en una entrevista de 2015 publicada en *Platypus*, «siempre fui el tipo en el filo marxista del discurso». Su «rebelión adolescente tardía» implicó un coqueteo con el Socialist Workers Party (SWP), de filiación trotskista. La militancia política le condujo a dedicar tres años de su vida a las tareas de organización política en la región, incluyendo el trabajo con los soldados contrarios a la guerra. Cada vez más crítico con el «marxismo plejanoviano» de los grupos panafricanistas de tendencia maoísta activos en Nueva Orleans y Atlanta, viró entonces hacia los autores ligados al marxismo occidental publicados por la editorial de la *Monthly Review: Marxismo y filosofía*, de Karl Korsch, y *The Intellectuals on the Road to Class Power*, de György Konrád e Iván Szelényi, le causaron una enorme impresión, así como lo hicieron Lukács, Adorno, Marcuse y, más tarde, Habermas.

A mediados de la década de 1970, a Reed le parecía evidente que «las fuerzas de la izquierda habían sido arrinconadas o se habían arrinconado ellas mismas en lo que respecta a la dinámica en curso de la política negra»; en Carolina del Norte «una auténtica burguesía negra» dominaba ahora el movimiento. Reed regresó a estudiar a la Universidad de Atlanta, el establecimiento universitario negro más antiguo de Estados Unidos, donde escribiría un trabajo de fin de máster sobre la filosofía política del panafricanismo –Du Bois, Garvey, Nkrumah, Padmore– y después una tesis doctoral sobre el «colectivismo liberal» de Du Bois y su intento de consolidar una elite negra. Terminó su tesis en 1981, bajo la tutela del politólogo Alex Willingham. Aquí el exhaustivo materialismo que ha caracterizado la producción posterior de Reed ya estaba totalmente presente: el pensamiento de Du Bois se situaba firmemente en el seno del contexto político del que había surgido. Reed caracterizaba la política de Du Bois como una forma de incrementalismo fabiano, que consideraba el «socialismo» como la racionalización gradual del capitalismo industrial. (La reelaboración posterior de este material para su libro de 1997 sobre Du Bois dio como resultado un estudio sobre el sociólogo que aún no ha sido superado). Como estudiante de posgrado, Reed había tenido una experiencia directa de la incipiente elite política negra, porque había trabajado como analista político y redactor de discursos para Maynard Jackson, el primer alcalde negro de Atlanta. En 1977, Jackson recompensaría a quienes aún se aferraban a la idea de un movimiento político negro unificado despidiendo a casi dos mil trabajadores de la sanidad para terminar con una huelga. Reed estaba también en el comité editorial de *Telos*, donde publicaría ensayos notables, incluyendo «Black Particularity Reconsidered» en 1979 antes de que la revista lo «despidiera sin previo aviso», cuando la publicación comenzó su larga migración desde sus posiciones iniciales ligadas a la nueva izquierda de la década de 1960.

Este fue el trasfondo político y biográfico de *The Jesse Jackson Phenomenon*, cuyo subtítulo, «The Crisis of Purpose in Afro-American Politics» dejaba claro el asunto. Reed defendía que la apuesta de Jackson por la nominación demócrata en las elecciones presidenciales de 1984 había sido la señal de una clase política negra que se quedaba sin ideas. En lugar de reconocer la naturaleza cambiante de la vida social negra, la campaña de Jackson se vinculó con símbolos culturales conservadores e intelectualmente moribundos, entre ellos y en primer lugar la iglesia, una institución cuya influencia se sobrestimaba. Jackson, argumentaba Reed, jugaba con una forma de carisma que no pretendía formular un programa mediante el diálogo entre los miembros de un electorado organizado. En lugar de ello, se basaba en una noción reificada de homogeneidad cultural, que se justificaba por sus supuestos efectos para levantar la moral:

Si asumimos que la población negra es especialmente susceptible a la movilización carismática, aunque sea únicamente porque es algo heredado y familiar, debemos entonces preguntarnos si un líder responsable debería ser indulgente con un estilo político irracional y abiertamente simple únicamente porque está impulsado por la inercia cultural y, por lo tanto, es algo que le conviene. ¿Acaso no debería el líder —por encima del todo el líder que se basa en la autoridad moral— luchar para inspirar a su electorado a fin de que trascienda aquellas de sus prácticas y disposiciones que minan los valores democráticos de la autonomía y de la comunidad abierta y que los dejan mal equipados para enfrentarse a los desafíos que les apelan en cuanto ciudadanos? ¿Cómo deberíamos juzgar las proclamas de un supuesto líder que, como la programación televisiva basada en la investigación de mercado, deliberadamente no ofrece nada que pueda estimular una reacción impredecible en aquellos a los que lidera?

Después de Atlanta, Reed obtuvo diversos puestos como profesor de ciencia política en Yale, Northwestern, Illinois y la New School de Nueva York, antes de asentarse en la Universidad de Pennsylvania. No se limitó a la investigación y la crítica y en 1991 ayudó a fundar un nuevo Labor Party (su lema: «Los patronos ya tienen dos partidos, necesitamos uno propio) junto con Mark Dudzic y Tony Mazzochi, líderes del Oil, Chemical and Atomic Workers Union, para desafiar al Partido Demócrata de Clinton desde la izquierda. Reed ha sido también un columnista habitual sobre política estadounidense en la prensa de izquierda. Algunos de sus mejores escritos en este campo se recogen en *Class Notes: Posing as Politics* (2000), que recoge artículos publicados en *The Village Voice*, *The Nation*, *The Progressive* y otros medios afines. Uno de ellos, escrito en 1996, sobre los usos de la idea de una «comunidad negra» homogénea, sonaba como una advertencia presciente:

En Chicago, por ejemplo, probamos un anticipo de la nueva casta de voces comunitarias negras que habían sido empolladas por las fundaciones; uno de estos nuevos representantes, un taimado abogado de Harvard con unas

impeccables credenciales de buena conducta y una política neoliberal tan vacua como represiva, había obtenido su escaño en el Senado gracias principalmente a las fundaciones liberales y al mundo de la ayuda al desarrollo. Su línea fundamentalmente impulsiva se suavizaba mediante una pátina de retórica de la auténtica comunidad, hablando de encuentros en las cocinas, de soluciones a pequeña escala para los problemas sociales y de la previsible prioridad del proceso sobre el programa, el punto en el que la política de la identidad converge con el anticuado reformismo de la clase media partidaria de la forma por encima de la sustancia. Sospecho que el estilo de este hombre es la ola del futuro de la política negra en Estados Unidos, así como en Haití y en cualquier otro lugar en el que el Fondo Monetario Internacional tenga ascendiente. Hasta ahora la respuesta del activismo negro no ha estado a la altura del desafío. Tenemos que hacerlo mejor.

El proyecto de *The South: Jim Crow and Its Afterlives* encaja perfectamente en esta trayectoria. Reed quiere desafiar una serie de conceptos equivocados sobre la época de Jim Crow. El primero es la opinión liberal «posracial», que celebra el desmantelamiento de la segregación y el final de la desigualdad como tal. El segundo concepto gira en torno a un argumento resurgente ligado al nacionalismo negro, que afirma que la victoria fue trivial y que la lucha contra la segregación estuvo mal orientada, reflejando la premisa degradante de que la población negra necesitaba acercarse a la población blanca para obtener su validación. Un tercer concepto criticado por Reed es la opinión idealista que considera el Sur de los malos viejos tiempos como una era en la que «reinaba la intolerancia y los intolerantes» y por ende gobernado por malas ideas en lugar de considerarlo como un orden social coherente, mantenido en pie por intereses específicos. Los mecanismos de imposición del «apartheid mezquino» —puertas, fuentes, váteres separados— nunca fueron algo trivial para quienes tenían que soportarlos de manera cotidiana, defiende Reed en *The South: Jim Crow and Its Afterlives*, y «nunca dejaron de ser enormemente molestos y humillantes», pero siempre se entendieron como las protuberancias de un sistema más amplio que incluía la negación de la protección igual bajo la ley y «la situación extrema de explotación económica posibilitada por la eliminación de los derechos de ciudadanía».

Al mismo tiempo, Reed subraya las grandes variaciones del sistema existentes a lo largo de la región en función de la geografía y las clases sociales. Las normas no escritas de comportamiento en las grandes ciudades diferían de las de las ciudades pequeñas como Eudora, Fayetteville o Tallulah. La segregación residencial adoptaba forma de tablero de ajedrez en el distrito de Hollygrove, donde vivían los Reed; partes de una manzana o lados de una calle se concebían como negras o blancas. Se permitía un cierto grado de interacción de puertas afuera —reparar un coche o escuchar un partido de béisbol por la radio— pero únicamente en los términos establecidos

por la persona blanca. (Aunque mucho menos habituales de lo que dan a entender los relatos interesados de los blancos sureños, esos intercambios eran no obstante más frecuentes de lo que darían a entender los retratos del Sur como «una pesadilla de degradación sin remisión, impulsada por una intolerancia ubicua, universalmente apoyada», escribe Reed). Pero, sin embargo, durante sus años de infancia en Pine Bluff, recuerda haber visto únicamente un rostro blanco.

Quienes visitaban la región necesitaban recibir instrucciones especiales de comportamiento, puesto que cada ciudad imponía la doctrina «separados pero iguales» a su manera y se daba por sentado que la población negra tenía que conocer la etiqueta local. Los errores podían ser mortales; Emmett Till, un muchacho de 14 años, había llegado desde Chicago para pasar las vacaciones cuando inadvertidamente violó las normas respondiendo de manera amistosa a una tendera blanca, lo cual le costó la vida. Viajar era tenso; cuando durante la década de 1950 los padres de Reed conducían, siempre de noche, desde Arkansas a Nueva Orleans, «les angustiaba especialmente» cruzar las pequeñas ciudades ribereñas del norte de Luisiana, «traicioneras cunas de la militancia supremacista blanca». La población negra de clase media de las grandes ciudades podía crear «zonas de seguridad» entre sus familias y los aspectos más peligrosos del sistema de Jim Crow, pero estas barreras podían ser franqueadas. Un amigo del instituto, hijo de un profesor, fue encerrado en la infame Angola Prison por una falta menor; antes de que hubiera pasado un año había muerto.

Para el análisis de Reed la afirmación de que el orden segregacionista sureño no se creó ni se conservó como una expresión de las creencias del supremacismo blanco, por muy virulentas que estas fueran, resulta fundamental. Este orden fue impuesto por la clase capitalista de las plantaciones como una reafirmación de su dominio después de las derrotas experimentadas durante el periodo de la Reconstrucción y de la insurgencia populista. Su objetivo era imponer las formas más duras de explotación económica, así como la desigualdad racial y la subordinación negra, lo cual tuvo pésimas consecuencias igualmente para la clase obrera blanca de la región. Aunque adoptó su forma durante las décadas de 1890 y 1900, la segregación no se impuso sistemáticamente como un orden social hasta que la población negra, así como la población blanca pobre, fueron excluidas del orden político mediante la privación de sus derechos políticos y la supresión de la democracia de masas. Retrospectivamente, argumenta *The South: Jim Crow and Its Afterlives*, el orden de Jim Crow fue inestable y de corta duración; los abuelos de Reed crecieron antes de que se consolidara por completo en la década de 1910. Casi inmediatamente después sufrió las presiones de la Gran Migración afroamericana (1910-1970), del sindicalismo del *New Deal* y de la Segunda Guerra Mundial; el sistema socioeconómico que trataba

de asegurar se veía minado por los patrones de la migración, de la industrialización y de la resistencia de la población negra que se batió contra él en todo momento. Cuando Reed se topó con el sistema de Jim Crow en la década de 1950, este ya empezaba a resquebrajarse. El mito de una eterna tradición blanca sureña, que le concedía una apariencia de solidez, había sido «instaurado a punta de pistola» en la reconsolidación del poder de la clase dominante.

Aunque el formato del libro de memorias, que enfatiza lo personal y lo cotidiano, hace que inevitablemente la experiencia de Reed, cuya familia pertenecía a la clase media profesional, adquiera protagonismo, *The South: Jim Crow and Its Afterlives* es totalmente consciente de que para la mayoría de la clase obrera, el orden de Jim Crow suponía una disciplina laboral brutal y arbitraria y una inseguridad financiera extrema –después de todo, esa era la razón de ser del sistema– privándole de una perspectiva de conseguir una vida mejor. En la escuela de Pine Bluff, los niños y niñas de los aparceros eran «diferentes al resto de nosotros», claramente más pobres, vestidos con ropa donada y ausentándose meses de la escuela cuando había que plantar o cosechar. Si la clase profesional negra sureña podía evitar parcialmente las situaciones degradantes, la clase trabajadora estaba sometida rutinariamente a una «dominación racial desvergonzada» por parte de sus patronos blancos, aunque aquí también, informa Reed, los trabajadores negros se oponían a la expectativa de deferencia dirigiéndose al patrón como «Cap», abreviatura de Capitán, para evitar decir «Sir» y empleando el mismo término cuando se hablaban entre ellos.

Para la clase media negra, la concesión y la negación de estatus suponía la expresión más punzante del orden de Jim Crow en el plano cotidiano. *The South: Jim Crow and Its Afterlives* defiende que era mucho más probable que los miembros de esta, en comparación con los jornaleros, el servicio doméstico y los aparceros, rechazaran que los blancos se dirigieran a ellos por su nombre de pila, ya que se trataba de una familiaridad que no podían corresponder, lo cual no se debía a una mayor conciencia de la injusticia, defiende Reed, sino a realidades sociales diferentes. Los Reed podían elegir a qué grandes almacenes acudir para evitar la indignidad y la condescendencia; en algunos se permitía a los negros probarse los sombreros, pero no los zapatos, en otros sucedía a la inversa. En general adquirían la ropa de caballero en una tienda que gestionaba un amable mexicano. Por otro lado, algunos placeres –Reed tiene recuerdos cariñosos de un refresco de fresa– eran lo bastante tentadores como para «poner entre paréntesis» el odioso contexto de Jim Crow en el que se habían adquirido. Reed podía también engatusar a su abuela, de piel clara, para que le comprara buñuelos en una *patisserie* «solo para blancos» de Nueva Orleans, «haciéndose pasar» por blanca. Desdeñando el histrionismo hollywoodiense que considera el

«hacerse pasar» como una variedad de crisis existencial, Reed escribe que, de acuerdo con su experiencia, era un gesto puramente pragmático. El fenómeno también posibilitaba jugar a buscar posibles *passants blancs*, un juego que Reed sigue practicando, aunque ahora ya prácticamente no hay nada en juego. (En un malévolo párrafo, especula que Robin DiAngelo, autora del superventas *White Fragility*, pueda estar haciéndose pasar ella misma).

Reed no elude reflexionar sobre las formas interpersonales de micro-agresión, un tema habitual del antirracismo contemporáneo. Pero incluso cuando se centra en esos momentos de falso reconocimiento trata de relacionarlos con alguna estructura social más amplia. «Muchas personas blancas –nos dice– simple y llanamente no nos ven con claridad», una observación que prueba mediante el hecho de que Sidney Poitier, Danny Glover y Chawick Boseman hayan todos ellos interpretado a Thurgood Marshall, a pesar de que no se parecían en nada al juez del Tribunal Supremo (ni se parecen entre sí); sin embargo, cuando se escoge al intérprete de Lincoln, Churchill, Nixon o Hitler se selecciona a un actor que presente una mayor fidelidad. Lo interesante es lo que este apunte revela acerca de la psicología del sistema estadounidense de jerarquía racial: la atención a las diferencias, cuyo reconocimiento sería una fuente de valoración tanto positiva como negativa.

The South: Jim Crow and Its Afterlives trata el flujo posterior a 1965 en la región de una forma más impresionista. Incluso después de la aprobación de la *Voting Rights Act*, la población negra sureña no tenía totalmente claro si el antiguo régimen aún imperaba, a pesar de su abolición legal. En Arkansas, meses después de la aprobación de la ley, Reed observó a un conductor de autobús ordenando a dos estudiantes negros sentados en la parte delantera que dejaran el sitio a una pareja anciana blanca, a pesar de que había muchos otros asientos libres; se produjo un momento de tensión antes de que el conductor se retractara. Reed reflexiona sobre «lo fácilmente que la docena aproximadamente de nosotros que estábamos en aquel autobús podríamos haber desaparecido aquella noche». En medio del tumulto de angustia e incertidumbre que siguió a la finalización formal del orden de Jim Crow, Reed se encontró en un mundo en el que la gente no sabía cómo actuar y qué esperar de unos y otros. Conduciendo su coche a través de la región como organizador político a principios de la década de 1970, sus experiencias fueron de todo tipo. Una noche le paró un agente de policía de Carolina del Sur, porque tenía una pegatina en el coche que decía «Boycott Gulf Oil», y acabó impartándole una clase improvisada sobre la lucha anticolonial en el África lusófona, mientras miraba fijamente el cañón de la pistola de aquel hombre, que, en un intento de empatizar, se mostró de acuerdo con él en que los «árabes», dicho con un deje xenófobo, «nos» lo estaban poniendo muy difícil.

Sin embargo, hacia mediados de la década de 1970, Reed ya percibía que aunque «las ideas de la gente sobre la jerarquía racial persistían», las elites del Sur se podían adaptar. El orden mediante el cual se reproducía el dominio de clase en la región claramente estaba evolucionando. El flujo de fondos federales y la llegada de cargos electos negros eran incentivos para que se produjera un cambio de hábitos. Cuando se entrevistó con funcionarios de condado en Carolina del Norte para obtener un empleo de verano en una escuela de posgrado, Reed descubrió que, si trataban con profesionales negros como él, eran cordiales y receptivos, pero que recaían en los viejos patrones del «paternalismo y la deferencia» en sus interacciones con la clase obrera negra local: «El cambio era automático e instantáneo, como quien cambia de idioma». Varias décadas después el surgimiento a plena potencia del Nuevo Sur confirmó su intuición. Tal vez seguía habiendo un racismo blanco irredento, pero no definía a los estratos de la clase propietaria y creadora de opinión, que no se oponía al régimen político interracial. En Nueva Orleans, la clase gobernante estaba integrada sin fisuras, vinculada estrechamente con los poderosos intereses del empresariado negro.

A lo largo del Nuevo Sur podían observarse ahora expresiones simbólicas y culturales de la inclusión racial. El turismo de los Derechos Civiles era un nicho multimillonario dentro de la industria más amplia del patrimonio histórico. La segregación había sido derrotada en el ámbito de la vida cotidiana. Reed apunta cómo notó que los marcadores tácitos de quienes habían sido socializados para la subordinación bajo el orden de Jim Crow —el reflejo de bajar los ojos en presencia de una persona blanca desconocida, por ejemplo— habían desaparecido entre la multitud mixta que asistía a un festival de jazz en el que las personas negras y el resto de las no blancas habían logrado el acceso a ese «ámbito de supuesta maestría» que antaño estaba únicamente reservado a las personas blancas. El hecho de que las personas trabajaran y estudiaran juntas como iguales animaba a que socializaran juntas de una manera que habría sido imposible en 1960. Los ecos y vestigios de la antigua etiqueta racial permanecían, sin embargo, como «tejido cicatricial». La incómoda sensación de continuidad que Reed experimentaba se remitía en cambio a las dinámicas de clase de apropiación y distribución, dominación e impotencia; los intereses materiales que impulsaban las políticas seguían en buena medida «siendo como eran». En el fondo, argumenta Reed, el orden de Jim Crow era un sistema de clase arraigado en las relaciones de producción y empleo, que «fueron impuestas, estabilizadas, reguladas y naturalizadas mediante un régimen legal y todo un conjunto de prácticas, costumbres, retóricas e ideología supremacistas blancos»:

Derrotar el régimen supremacista blanco fue una victoria tremenda para la justicia social y los intereses igualitarios. Al mismo tiempo, esa victoria no tocó en absoluto el sistema de clase que subyacía al mismo. Ese es el origen

de la extraña sensación que sentí en la región una generación después de la derrota del sistema de Jim Crow. La moraleja más amplia de esta realidad es que el marco simple del racismo/antirracismo no es adecuado para explicar la era de la segregación y desde luego no está a la altura de la tarea de interpretar lo que ha sucedido ni de confrontarse a las formas de desigualdad e injusticia que aún perviven.

Escrito con elocuencia y construido con elegancia, el razonamiento político-histórico de *The South: Jim Crow and Its Afterlives* debería constituirse en un polo importante de los debates actuales sobre el conjunto de la política estadounidense. El libro lidia con elegancia con la inestable categoría de lo cotidiano, que por definición es complicada de establecer. Esta categoría implica una separación entre una idea supuestamente abstracta, teórica o incluso popular del mundo y otra idea especular no tan claramente relacionada, pero sí accesible mediante la experiencia. Dado que Reed ha elegido la primera persona para guiarse por la historia, el perjuicio psicológico y emocional de vivir bajo un orden supremacista blanco se pone aquí en primer plano de un modo mucho más intenso que en el resto de sus libros, que, si se leen aisladamente, podría parecer que desdeñan la experiencia personal. En *The South: Jim Crow and Its Afterlives*, sin embargo, los recuerdos se ligan siempre a patrones sociales más amplios. Bajo la útil rúbrica, histórica y emocional, de «tejido cicatricial», nos cuenta que aún se descubre teniendo arrebatos de ira cuando se enfrenta a la afirmación de superioridad blanca con respecto a él. O, en otro momento, sentado en un vagón de Amtrak en primera clase, se descubre imaginando que el conductor le ordena moverse de su asiento. Las partes que componen esta anécdota —el origen de clase implicado y la indignación de que no se le reconozca este origen— son fundamentales para entender la forma en la que Reed conceptualiza el régimen de Jim Crow bajo el que se educó: como un sistema de etiqueta social asimétrica respaldado por una amenaza omnipresente de violencia.

Con el mismo humor y sorna que caracterizan su estilo en general, Reed señala en los primeros párrafos del libro que algunos amigos suyos dicen que se preocuparían por sus hijos, si volviera el orden de Jim Crow, porque «no sabrían cómo actuar». Pero incluso en esta frase aparentemente desdeñosa hay una idea perspicaz: saber cómo actuar implica también saber cómo desobedecer y en el comentario de Reed está implícita la intuición de que en la transición tal vez se haya también perdido una cierta virtud moral de obstinación y hostilidad hacia el orden social. De hecho, no deja clara en su desmitificador análisis del orden de Jim Crow y sus reencarnaciones posteriores la cuestión de cómo entender las políticas raciales teniendo en cuenta las transformaciones de la vida negra desde el final de este orden social. El planteamiento que ha escogido Reed para elaborar *The South: Jim Crow and Its Afterlives* no parece dejarnos gran cosa para construir una política racial

colectiva y emancipadora, que fue uno de los objetivos fundamentales de los radicales estadounidenses en la época de posguerra. Contemplada desde la perspectiva de las últimas publicaciones de Reed, está claro que esa ausencia no constituye una deficiencia, sino que, por el contrario, remite al punto de partida de *The South: Jim Crow and Its Afterlives* que postula la incoherencia de describir a la población negra como una clase política unificada, descripción completamente inadecuada a las complejidades de la historia.

A lo largo de su carrera, Reed ha tratado de atraer la atención hacia la revolución pasiva experimentada por la política estadounidense, que se ha deshecho de los símbolos del radicalismo para adoptar una estrategia redistributiva asociativa. No es, sin embargo, una historia de cooptación o de revolución traicionada, sino que, por el contrario, Reed ha demostrado convincentemente cómo las ideologías particulares son expresiones de las relaciones políticas, sociales y económicas predominantes en una determinada sociedad, lo cual proporciona el marco teórico en el que opera *The South: Jim Crow and Its Afterlives*. Mientras que las ideas esencializadoras sobre la raza se han generalizado, Reed forma parte de una constelación de pensadores estadounidenses que han ofrecido una crítica a la totalidad de esta perspectiva. Además del politólogo Cedric Johnson y del hijo de Reed, el historiador Touré Reed, este grupo podría incluir a Barbara y Karen Field, que han empleado la sociología y la antropología clásicas para mostrar que la ideología estadounidense de la raza debe entenderse como un producto de las particularidades de la historia de esa nación y no cómo el resultado de una categoría transhistórica de racismo. En el campo de la crítica literaria, Kenneth Warren ha historizado el concepto de literatura afroamericana, rechazando lo que él considera como su empleo anacrónico por parte de figuras como Toni Morrison y argumentando que su breve existencia se debió de hecho a las limitaciones culturales del régimen de Jim Crow. En el campo de la filosofía, Kwame Anthony Appiah ha negado la idea de que las categorías raciales se correspondan con nada existente en la realidad, defendiendo que, por lo tanto, no ayuda en absoluto utilizar el concepto para entender los fenómenos sociales. Walter Benn Michaels ha efectuado una crítica mordaz de las políticas de la diversidad y la inclusión, a las que acusa de haber servido únicamente para legitimar la desigualdad capitalista.

Estas figuras diversas comparten la oposición a la tendencia a plantear la existencia de categorías raciales como explicaciones de los fenómenos culturales o políticos. La novedad y el radicalismo de este planteamiento resultan meridianos cuando se compara con las muy influyentes ideas de Stuart Hall. A diferencia de Appiah, Hall argumentaba en una conferencia pronunciada en la década de 1970, «Race – The Sliding Signifier», que las «ominosas» apelaciones a la «realidad» y la ausencia de fundamento de los conceptos raciales ignoraban la influencia que el *discurso* sobre la raza,

indiferente a la realidad, tenía sobre la política y la historia a escala mundial. Este desplazamiento –la raza puede que no sea real, pero el racismo sí lo es– se ha convertido en algo así como un catecismo para la izquierda, algo que se repite, pero que pocas veces se cuestiona (si la raza es una respuesta al racismo, ¿a qué responde el racismo?) La tradición intelectual en la que trabaja Reed se ha dotado de especificidad propia, porque ha dado la vuelta al razonamiento de Hall: no es tanto que el realista sea culpable de ignorar la realidad del racismo, sino que el proyecto completo de tratar de entender sus efectos no equivale a una crítica genuina del racismo, es decir, no emprende la investigación de las condiciones específicas y de las fuerzas sociales que han conseguido que el concepto de raza parezca que existe. Por lo tanto, la teoría implícita en el proyecto de observar la raza como algo construido por la práctica discursiva del racismo queda atrapada en un juego infinito e infructuoso consistente en señalar cómo una ideología supremacista blanca conforma determinadas prácticas.

En lugar de empantanarse en relatos descriptivos de la raza, Reed se ha planteado por el contrario la siguiente pregunta: ¿por qué nos hemos planteado la cuestión sobre la forma específica de jerarquía adscriptiva que determina la desigualdad de modo primordial? La creencia de que las formas más injustas de desigualdad son las que proceden de jerarquías adscritas supuestamente inmutables «es tanto una acomodación como una expresión del triunfo del neoliberalismo», que impide cualquier discusión sobre las relaciones sociales de poder generales existentes en el seno de la sociedad. La tarea es siempre comprender cómo un régimen concreto de jerarquía adscriptiva sirve para legitimar un sistema de desigualdad. Reed comparte con la tradición de la Escuela de Frankfurt una honda hostilidad no solamente hacia la explotación capitalista, sino también hacia las formas reificadas de la comprensión de nosotros mismos, incompatibles con la reflexión crítica colectiva. Su crítica del esencialismo racial procede de la radicalización de la crítica del positivismo adelantada más claramente por Habermas en *Conocimiento e interés* (1968). Su consecuencia principal para la obra de Reed es que ideas como la de «comunidad negra» no pueden presuponerse como conceptos científicos de los que se sigan necesariamente inferencias sobre la acción práctica. Lo que Reed rechaza en estos términos es que se apoyen en ideas orgánicas y esencialistas del yo, que no responden al escrutinio crítico, es decir, la crítica que ya avanzó en su análisis de Jesse Jackson.

En «Black Particularity Reconsidered», Reed observaba que la nueva elite negra creada después de la era de los derechos civiles «amplió su control administrativo aceptando la agenda incipiente del *black power* sin ninguna crítica y desplegándola instrumentalmente para obtener ventajas en los procesos políticos regulares. El control negro no equivalía en ningún caso a la democratización popular». La comunidad negra de la que dependía

esta nueva política racial solamente podía ser movilizaba como «una masa pasiva y homogénea». Una política más eficaz hubiera requerido reconocer las complejas fisuras de clase realmente existentes en la vida de la población negra estadounidense. Claramente *The South: Jim Crow and Its Afterlives* es un intento de exponer estas fisuras, desafiando a sus lectores a sostener esa imagen áspera ante las idealizaciones de la vida política negra. En el proyecto de Reed parece existir una contradicción entre dos diferentes puntos de vista, el existencial y el histórico-sociológico. Desde la perspectiva de este último, se diría que pretende rechazar las malas interpretaciones de la vida política negra y del Sur. Al negar, como lo ha hecho en sus obras más teóricas, la base de masas del nacionalismo negro e historizar las ideas de los intelectuales negros, Reed observa con atención el historial de la clase dirigente negra realmente existente y evalúa los éxitos y fracasos de la misma.

La motivación para producir esta imagen más compleja se deriva en parte del deseo existencial –¿un remanente del marxismo occidental temprano de Reed?– de concebir la propia vida y la propia identidad mediante conceptos que puedan abrirse a la reflexión crítica. Pero opuesto a este deseo existencial está la evidente necesidad del consuelo de las identidades colectivas. Ya sea o no una aflicción que afecte más agudamente a la burguesía, su existencia es difícil de negar. ¿Qué puede hacerse para confrontarla? La historia y la política estadounidenses a partir de la segunda mitad del siglo XX se ha movido en una dirección opuesta a la postulada por Reed. Nadando contra la corriente del neoliberalismo progresista, Reed ha mostrado lo que supone en realidad enfatizar la disparidad racial y de género como el único criterio para evaluar la justicia de un régimen concreto: una acomodación a una forma de capitalismo, que no es ya capaz de garantizar ni un mínimo de igualdad.

La lúcida crítica de Reed de la política de intermediación racial y del papel que ha jugado a la hora de consolidar un nuevo régimen de desigualdad pretende poner de relieve las fuerzas macroeconómicas y geopolíticas de mayor envergadura, que han hecho posible esta transformación. El régimen de posguerra, que él denomina «liberalismo del crecimiento», se estructuró siempre en torno a dos ejes: el abandono de los objetivos fundamentales del pacto social de posguerra y una orientación geopolítica anticomunista fanática a menudo implementada a expensas de sus consecuencias domésticas. El primero de esos objetivos supuso potenciar la propiedad de la vivienda mediante el recurso al endeudamiento y la aceptación de niveles de consumo cada vez mayores como el objetivo último de la política. El segundo objetivo implicaba el intento de potenciar el desarrollo de industrias incipientes en los países en vías de desarrollo para prevenir así la amenaza del comunismo, lo cual desencadenó a su vez la crisis de superproducción que minaría el sector industrial estadounidense en su momento considerado

absolutamente inmune a los problemas por los arrogantes halcones de la política exterior norteamericana. En este contexto de ambición política degradada y de declive económico pudieron florecer la política del liberalismo racial, que ya no pretendía lograr la igualdad, sino un reparto más equitativo de la pobreza.

Por supuesto, Reed, que elogió el magistral libro de Judith Stein *Running Steel, Running America* (1998), afirmando que proporcionaba una explicación convincente de las patologías de la política estadounidense, conoce todo esto. Pero en el calor de la polémica, la importancia de estas fuerzas estructurales de carácter más general puede acabar saliéndose del cuadro. El progresivo alejamiento de la política real de los objetivos tradicionales del socialismo –la gestión racional de la sociedad conducida por una clase obrera hegemónica– tal vez explique la exasperación, siempre ligada a un humor sardónico, que ha caracterizado la obra de Reed en los últimos años. En una cultura que en buena parte se ha reconciliado con el clima político neoliberal, la feroz hostilidad de Reed hacia el liberalismo debería tener el tan necesario efecto de armar a sus lectores con una crítica de la ideología dominante imperante en Estados Unidos. Aquí podría hacerse una comparación fructífera entre la obra de Reed y la de Adorno. Para ambos, en un contexto en el que la lucha política exitosa parece imposible, prestar simplemente atención a la profundidad de las heridas infligidas por el enemigo puede ser al menos un comienzo.